

VII

Don José Peón y Contreras es un poeta de los más fecundos é imaginativos de México. Nacido en 1843 bajo el sol esplendoroso de Yucatán, tiene para la producción literaria esa abundancia de frutos característica de los trópicos.

Es cómo médico, hombre de ciencia al par que de letras, y goza de simpatías muy generales en todos los círculos literarios y científicos de su patria.

Ha escrito mucho y bueno Peón y Contreras, aunque es quizá entre los líricos mexicanos el que menos ha llegado á individualizarse en sus versos.

Tiene rimas, este poeta, muy notables, sin

embargo, por la ingeniosidad y hermosura de los conceptos.

Mata la luz! á obscuras! que no vean  
cómo logré un instante ser feliz.  
Esos desventurados, prenda amada,  
sólo saben reír!

Si alguna vez surcaron sus mejillas  
á torrentes las lágrimas sin fin,  
sabrán lo que es llorar, pero no saben  
lo que es llorar por tí!

Profundizando la idea de esta rima tan sencilla á primera vista, se encuentra una alabanza amorosa del género superior.

Lo que es llorar por tí!

significa muchas cosas que engrían á una mujer; es la ponderación más grande que de su valor material y moral puede hacerse. Ahorra la frase aquella, una vulgar enumeración de perfecciones en que se pierden otros poetas, y dice más todavía, que cualquier tirada de versos apologéticos, porque demuestra la convicción profunda del autor

respecto al merecimiento de la dama que lo ha inspirado.

Locuciones así, que tienen algo de apotegmáticas, constituyen en poesía una belleza desconocida únicamente para los lectores frívolos ó de gusto literario muy imperfecto.

He aquí otra rima de Peón y Contreras que no cede en valor á la precedente:

No me arredra del campo en altas horas  
la densa obscuridad:  
las sombras de esta duda  
me espantan mucho más!

No acongoja á mi espíritu, el gemido  
de la brisa al pasar:  
éste que en mi alma escucho,  
me apesadumbra más.

No me anonada el sepulcral silencio  
que en torno mío hay...  
Aquel silencio de tus labios, ese,  
ese sí, porque al fin me matará!

Podría pasar por exagerado el concepto final si aludiese positivamente á la muerte; pero es valor entendido entre los poetas, que morir equivale á sufrir tormento. Esa atenuación hace soportable un rigor que nadie toma

ya en serio, pues los románticos melencólicos, acostumbrados á morir dos y tres veces por semana á los pies de hermosas distintas, han acabado por desacreditar á la muerte. Aparte de esa que llamaremos convencional exageración, tiene la anterior rima el mérito de pintar una ansia amorosa con gran viveza...

Sobria la frase, verdadera la angustia, los términos de comparación oportunos, es aquella composición una de las más bellas que hay en su clase.

Hay quienes piensan que al morir el alma  
se va con los placeres que ha gozado,  
que deja sus desdichas, que por eso  
hay tantos desdichados.

Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,  
que es falso, que es muy falso;  
que el alma que se va sólo se lleva  
la única dicha de romper sus lazos.

Aquí el poeta es excéntrico y pesimista en el fondo, sin chocar en la forma con las preocupaciones de la multitud.

¿Cómo tratándose del alma, se puede interpretar

la única dicha de romper sus lazos?

A riesgo de equivocarme respecto á la intención del autor, paréceme que esta frase vela un absoluto desprecio por todo aquello que nos rodea en el mundo, y que los lazos rotos del alma no tienen el vulgar sentido de prisiones que se les da. Se siente un dejo amargo en esa composición, que denota la mezquindad de los placeres terrenos y lo absurdo que es soñar con su acompañamiento en otras regiones. *La única dicha de romper sus lazos* es, pues, para el alma humana, desprenderse de todo lo que aun juzgándose grande y noble aquí, aparecería allá, en las alturas, como una miserable y torpe reminiscencia.

Peón y Contreras ocupa en México un lugar prominente como dramaturgo. Ha dado á la escena bastantes obras que acreditan su inspiración y conocimientos. Las más aplaudidas fueron: *Un amor de Hernán Cortés*, *El sacrificio de la vida*, *La hija del rey*, *¡Hasta el cielo!* *Gil González de Avila*, *Luchas de honra y amor*, *Juan de Villalpando*, *Impulsos del*

corazón, *Esperanza*, *Antón de Alaminos*, *El conde de Peñalva*, *Vivo ó muerto*, *El capitán Pedreñales*, *Por el joyel del sombrero* y *Doña Leonor de Sarabia*.

Entre todos estos dramas y comedias, la que le ha valido más grandes triunfos es *La hija del rey*, obra desbordante de pasión en que se admiran la sonoridad de los versos y el creciente interés de las situaciones.

Peón y Contreras sigue en el teatro los procedimientos de Zorrilla, con quien compete á veces en la opulencia del lenguaje y variedad de los ritmos.

Siendo el arte dramático el más difícil y en el que precisamente los americanos aún no descuellan, digno es de alabanza el que Peón y Contreras haya dado pasos tan firmes. Su teatro es sin duda el primero de los contemporáneos en México, pues continúa noblemente el impulso dado ayer por Alarcón y por Gorostiza. Bastaría esta circunstancia para salvarle del olvido á que están condenados otros autores, si ganadas no tuviese también las palmas de buen poeta y mejor hablista.

Hablista he dicho, y aquí tropiezo con una cuestión muy debatida y que preocupa á muchos ingenios.

¿Es la primera condición del poeta ser observante fiel de las académicas prescripciones?

Los más grandes poemas no son ciertamente un dechado de perfección en aquella parte. Sin seguirse de aquí que deban los poetas descuidar el estudio de su lengua, por dar rienda á la imaginación que corre algunas veces desenfrenada, no me parece exigible, como condición primera de los que escriben en verso, ese atildamiento ó nimia observancia de reglas en que para ciertos críticos descansa todo el mérito de una obra.

Los furibundos gramáticos son, por lo general, unos artistas mediocres, unos albañiles muy fatuos que no perdonan en lo subalterno de su oficio el descuido menor á los arquitectos del pensamiento.

Grandes escritores no son hablistas, y poetas extraordinarios hoy admiramos, que saltan sobre algunas dificultades del idioma como se salta en caso de apuro sobre una acequia.

Por eso recordaré aquí esta frase de Quintiliano tan aprendida en nuestros colegios: *Curam ergo verborum, rerum volo esse solitudinem.*

A ser la elegancia y corrección de la frase el título más grande en la poesía, no existiera, verdaderamente, un poeta en México, de mayor significación que don Joaquín Arcadio Pagaza. Este sacerdote, venerable por la pureza de sus costumbres, es también un hombre de letras notabilísimo. La seriedad de su ministerio que le impide aventurar su musa en cosas profanas, ha contribuido a lanzarle en el clasicismo, acortando así el vuelo de un numen que compitiera, a gozar de más libertad, con los que mayor aplauso han ganado en estos últimos tiempos.

Don Joaquín Arcadio Pagaza, no obstante, es tenido en México por los literatos, como un bardo de singulares prendas y que no tiene rival en el conocimiento de los latinos.

Antes que para gusto de mis lectores en general, para satisfacción de los inteligentes, insertaré aquí una traducción parafrástica de Horacio en que se revelan el talento y eru-

dición nada comunes del prebendado señor Pagaza.

Descanso, Grosfo, de los dioses altos  
El que navega por el mar Egeo  
Cuitado implora si á la luna esconde

Lívida nube,

Si inquieto busca con turbados ojos  
En cielo obscuro la polar estrella  
Que el rumbo indique y le conduzca al puerto  
Pávido el nauta.

Descanso piden los furiosos tracios  
En las batallas, y descanso el medo  
Que al hombro lleva por mayor decoro  
Lúcida aljaba.

Pero es descanso que jamás se compra  
Ni con las gemas que atesora el Indo,  
Ni con el oro, ni con rica y grave  
Púrpura noble.

Porque ni el lujo, ni el lictor adusto  
La turba espantan de cuidados fieros  
Que tumultúan y del techo en torno  
Rápidos vuelan.

El hombre parco sosegada vida  
Vive con poco, si en su mesa pobre  
Aquel salero que sirvió á su padre  
Límpido esplende.

Que no interrumpen los temores vanos  
El sueño leve que en su torno gira,  
Ni su reposo la codicia torpe  
Rábida corta.

¿ Por qué, esforzados, nuestros rudos tiros  
¡ Ay! dirigimos á región lejana,  
Cuando sabemos que la fútil vida  
Rápida corre?  
¿ Por qué dejamos la nativa tierra  
Por otro suelo bajo sol extraño?  
Qué ¿ por ventura, quien su patria esquiva,  
Se huye á sí mismo?  
Sube el cuidado en la ferrada nave  
Y más ligero que el ligero ciervo,  
Y más que el Noto que las nubes rompe  
Sigue al ginete.  
Gócese el alma con el bien de ahora  
Sin inquietarse por el mal futuro;  
Temple su duelo; que ¡ por todos lados  
Nada hay dichoso!  
Hurtan y amenguan al preclaro Aquiles  
Temprana muerte, y á Titón los años;  
Y tal vez dióme, lo que á ti el destino  
Crudo te niega.  
Por ti se apacen abundosas greyes;  
Por ti se apacen mugidoras vacas  
En las cuadrigas, y por ti, relincha  
Ágil la yegua.  
Á ti te envuelven reteñidos paños  
En roja tinta de muricea concha;  
Y á mi tan sólo la inmutable Parca  
Próvida dióme,  
Un campo angosto, de la musa griega  
Algún talento, y su donaire y gracia;  
Y, cual merece, despreciar al necio  
Vulgo envidioso.

Sensible á las bellezas naturales, atormentado quizá por la melancolía del celibato, pero culto siempre hasta la afectación, escribió el señor Pagaza este soneto que tiene muchos admiradores.

El níveo cáliz, inocente abeja  
busca y encuentra de la flor galana,  
y el suave tallo de color de grana  
busca en los llanos baladora oveja.

Brota humeante y presurosa deja  
la clara linfa su natal fontana,  
y á la ova grácil que surgió lozana,  
ciñe y embriaga con sabrosa queja.

El áureo sol surcando el aura pura  
baja á irizar la gota de rocío  
tremulante en su lecho de verdura.

Y yo tan sólo... ¡ desencanto impío!  
no halló un pecho que mida mi ternura,  
ni un pensamiento que responda al mío.

Sacerdote también y dado á los clásicos, el señor Ignacio Montes de Oca, obispo de Tamaulipas, conocido con el seudónimo de *Ipandro Acaico*, es un poeta que bastante se asemeja á don Joaquín Arcadio Pagaza. Si

menos correcto, es en cambio de mucho más brío que el anterior.

Invocando á su lira, tiene los siguientes versos que acusan un temperamento fogoso:

Por largos años á tus cuerdas de oro  
no arranqué ni un sonido: el sol de Aquino,  
Crisóstomo, Jerónimo, Agustino,  
fueron no más mi estudio y mi tesoro.  
¡ Cuántas veces con ímpetu violento,  
loco por escuchar tus melodías,  
al sauce me arrojé, de cuyas ramas  
pendiente te mecías;  
y al recordar de Dios el mandamiento,  
de nuevo te dejé á merced del viento !

Sí: yo te abandoné; que por entonces  
al dulce canto despegar los labios  
el cielo me vedaba; mas ahora  
que ya de Roma los adustos sabios  
el premio á mis fatigas concedieron,  
y mi cansada frente  
del anhelado lauro al fin ciñeron,  
hoy me es dado cantar. ¡ Y hoy que en las vegas  
del Aneo te descuelgo, y al estudio  
dando treguas, un cántico te pido,  
tú, desdeñosa, un cántico me niegas !  
¡ Resuena lira mía ! No preludeo  
sobre tus cuerdas cantilena indigna  
de un ministro del cielo: no de amores  
fútil canción modulo: ¿ cuándo nunca

á una beldad de barro ofrecí flores ?  
¡ Ea, lira, resuena !  
Cantemos al Señor: su nombre santo  
ayúdame á ensalzar; el aire llena  
de celestiales notas; que mi canto  
desdeñando sublime el triste suelo,  
de hoy más á Dios remontará su vuelo !

En honor de la verdad y sin cegarme como cierto crítico de la Academia Española al juzgar á los poetas americanos que no huelen á sacristía, diré que Pagaza y Montes de Oca son talentos muy elevados y más dignos de respeto por cuanto viven en un país descreído.

Si suena mal este adjetivo aplicado á México, conste que me refiero á las clases directoras allí del movimiento intelectual y político, que no á la masa ignorante, en que tampoco es hoy notable el fervor católico. Los más grandes escritores y poetas de México, sin ser ateos, ven los temas religiosos después de la sangrienta lucha de la *Reforma*, con aquella pasividad muy parecida á la indiferencia de que nos dan ejemplo las cabezas mejor organizadas que hay en el mundo.

Pagaza y Montes de Oca, haciendo, pues,

abstracción de todo punto evangélico, contribuyen noblemente y en el tono que les es propio, á la ilustración poética de su patria. En el vigor de la edad, mucho se espera aún de estos dos sacerdotes que honrarían el país más civilizado de la tierra por su elevación de carácter y pensamientos.

El señor José M. Roa Bárcena, que sin ser enteramente místico participa bastante en sus versos de los fervores cristianos, es un inspirado poeta que goza en México de muy envidiable reputación. Miembro correspondiente de la Academia Española, cuenta con un bagaje literario que justifica esa distinción al lado de Montes de Oca, Pagaza, Riva Palacio, Icazbalceta y otros mexicanos ilustres por el saber.

Roa Bárcena, en lo descriptivo, tiene páginas tan bellas cual la siguiente :

De cuanto he visto, no hay cosa  
que así me halague y sonría  
como mi ciudad natia,  
como Jalapa la hermosa.

Ni vi más lindo vergel  
que Coatepec, cuya calle

se extiende en ameno valle,  
limpia y trazada á cordel.

De sus montañas musgosas  
se asienta aquella en la falda,  
luciendo fresca guirnalda  
de mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa  
red de arroyuelos sutiles,  
y baña sus pies gentiles,  
honda y cristalina presa.

El pueblo al pie de altos montes  
se aduerme al rumor de un río,  
y tiene perpetuo estío  
si estrechos los horizontes.

Cuando visita el viajero,  
tras la aridez de la costa,  
esos campos que no agosta  
Julio, ni entristece Enero;

Cuando mira el caserío]  
blanquear en la montaña,  
ó que descubrirle extraña  
en hondonadas umbrío;

Cuando respira el ambiente  
en aromas impregnado  
del *liquidámbar* preciado  
y del *jinicuil* pendiente;

Y oye que en dulces conciertos  
dan su voz por las mañanas

las arpas en las ventanas,  
los pájaros en los huertos ;

Y halla una limpieza extrema  
en calles, casas, personas,  
y un sol en aquellas zonas  
que vivifica y no quema ;

Un sol que brilla á través  
del aire diáfano y puro ;  
flores que visten el muro  
y dan alfombra á sus pies,

Y gente de afable trato,  
y, lector, aunque te asombres,  
franca amistad en los hombres  
y en las mujeres recato ;

Toma súbita querencia  
á la tierra en que nació,  
y á veces quédase allí  
á terminar su existencia...

Estas redondillas, como se ve, unen á la facilidad cierto moderno encanto naturalista que se aparta no poco del patrón bucólico virgiliano.

Á algunos poetas tan amantes del Lacio que olvidan ser hijos de América comunmente en sus descripciones, puede parecerles hasta prosaica la manera cómo Roa Bárcena

nos presenta el camino de Coatepec; mas, á otros que persiguen con mejor criterio la propiedad local en toda pintura, sorprenderán gratamente esos versos que no pueden ser por otra parte más armoniosos.

Tan feliz como la anterior es esta pequeña descripción que encuentro en la misma composición del académico Roa Bárcena:

Verdinegros los bosques, rubio el llano,  
limpio y azul el cielo peregrino ;  
el huerto floreciente en el verano,  
blanca la habitación, pardo el molino ;  
cual asa de cristal, chorro lejano  
del agua que le mueve de continuo ;  
sobre la tosca torre allí erigida  
el gallo en pie que á madrugar convida...

Este poeta ha escrito también algunos versos eróticos que pueden competir en gracia con los de Luis Gonzaga Ortiz, el bardo mexicano que fué allá en su mocedad el encanto de las mujeres.

Ortiz, que vive aún y frisa en los sesenta años, ha sido efectivamente, muy halagado de la fortuna por sus canciones amorosas de arte exquisito. En *La mora de Gibraltar*, com-

posición original y que se ha reproducido mucho por toda América, pone este bardo de manifiesto las cualidades que le distinguen: verdad y sencillez, amabilidad penetrante y en cierto modo festiva, que no siempre es de la cuerda de los eróticos.

A las preguntas interesadas tal vez, de una dama española, Ortiz responde así con muy dudosa galantería:

Que más allá del Estrecho  
qué cosa pude admirar?  
Si que admiré linda amiga,  
mas no lo que pensarás.  
No el peñón que con orgullo  
el inglés velando está,  
sino una cosa más bella:  
*la mora de Gibraltar.*

Del escocés es soberbia  
la erguida guardia real,  
con sus airosos penachos,  
con su fría majestad,  
con su caprichoso traje  
y su aire siempre marcial;  
pero, á mí sólo agradóme  
*la mora de Gibraltar.*

Viven en aquel país  
en dulce y buena amistad,

ingleses, moros, judíos,  
griegos é iberos que van  
formando una algarabía  
que nadie puede alcanzar;  
pero á mí bien me entendía,  
*la mora de Gibraltar.*

¡El peñón! ¡ay! cuánto el hombre  
por orgullo inventará!  
¿Cómo pudo ese peñasco  
como hierro taladrar,  
y hacer galería inmensa  
con mil cañones y más,  
y... pero, á mí más me admira  
*la mora de Gibraltar.*

Tanto instrumento de muerte,  
do quiera el hierro fatal,  
bombas, reductos, soldados,  
todo amenazando al mar  
no me agradó; te confieso  
que á mí me gustaba más  
mirar entre sus persianas  
*la mora de Gibraltar.*

Morena como las hijas  
de mi suelo occidental,  
es, y son negros sus ojos  
y su cabello lo es más.  
Viva como la gacela  
de sus bosques, al andar  
es como nardo en su tallo  
*la mora de Gibraltar.*

Queman sus ojos de fuego ;  
pero no queman la faz,  
que hasta el corazón sus rayos  
abriéndose paso van,  
y si roza nuestro cuerpo,  
un pliegue de su *castán*,  
nos hace temblar de amores  
*la mora de Gibraltar*.

Ducha es en unir las flores ;  
con ellas escribe, y va  
diciendo cosas muy dulces  
en su lenguaje oriental.  
Sabe preparar perfumes  
frescos y blandos, que dan  
sueño dulce en que se sueña  
*la mora de Gibraltar*.

Yo también le daba flores  
de jazmín y de azahar,  
y juzgo que me entendía  
aunque me explicaba mal,  
porque á hurtadillas de un moro  
adusto y barbudo asaz,  
me daba á besar su mano  
*la mora de Gibraltar*.

Quando partí estaba triste,  
muy triste, ¡ quién lo creerá !  
y estaba llorosa y pálida  
su antes animada faz.  
Y si alguien le preguntaba  
la causa, — *Se va, se va...*

murmuraba entre suspiros  
*la mora de Gibraltar*.

De ajenjo, ciprés y brezo  
me dió al despedirse ya,  
unas ramas que decían :  
“ luto, angustia, soledad ”.  
Y alguien cruzando el Estrecho  
dijo viéndome, sagaz :  
“ Qué triste deja el indiano  
*su mora de Gibraltar ! ”*

Y la dejé : aquí me tienes...  
Me pediste algo, aquí está.  
Te traigo de aquella tierra,  
dátiles y un almaizar ;  
que para mí sólo traje,  
para mi angustia y no más,  
en el alma retratada  
*la mora de Gibraltar*.

Esta composición escrita en 1866, ha tenido después imitaciones muchísimas, cambiándose de estribillo. Hoy quizá pueda confundirse entre las mil de su especie, pero nunca perderá su mérito real é ingenuidad enteramente criolla.

Luis G. Ortiz ha traducido del italiano varias poesías entre las que se recomienda por su fidelidad y belleza, la que aquí inserto:

Era la noche fúnebre :  
En el castillo aquél todo dormía,  
y el rubio paje en tenebrosa cárcel  
solo con su dolor así gemía :  
“ Por qué tan alto ¡ ay misero!  
mi esperanza y mi amor he levantado !  
Amé á la hija del rey; decreto pérfido,  
vivo en este sepulcro me ha enterrado !  
¡ Oh ! si una sola lágrima  
ella por mí vertiera en el misterio  
de su dolor, este sepulcro frígido  
no cambiara ¡ ay ! de mí, por un imperio ! ”

Blanca, divina imagen,  
súbitamente apareció en la puerta,  
y pálido y temblando el triste joven  
preguntóle : “ ¿ Quién eres pobre muerta ? ”  
— “ Muerta no soy — respóndele  
la aparición gentil ; — mírame, toca !...  
¿ Sabes ? la guardia duerme :  
Yo soy la hija del rey; besa mi boca ! ”

Don Francisco Sosa, ha hecho en una biografía elogios muy merecidos de este poeta, lamentando el que haya abandonado hace algún tiempo el trato íntimo de las musas.

Pero don Francisco Sosa, solícito siempre en recomendar á cuantos se distinguen como poetas en su país, y aun fuera de él, merece

de igual manera que le dedique algunas líneas en el presente capítulo.

Pocos mexicanos habrá más laboriosos y amantes sinceros como él de las letras americanas. Bastante conocido ya para no necesitar de las noticias que en este libro pudiera yo dar sobre su persona, debo sin embargo apuntarle no sólo entre los críticos que han contribuido en mayor escala al desenvolvimiento literario de su país, sino entre los mismos poetas por cuya gloria ha trabajado y trabaja con incansable empeño hace muchos años.

Si se quiere una prueba de las facultades poéticas de Sosa, allí está su soneto *Á Lelia*, que equiparo con los mejores de nuestra lengua.

Quando marchite tus galanas flores  
el que es de la beldad fiero enemigo,  
y en vano pidas protección y abrigo  
á los que fueron, Lelia, tus amores;

Quando todos te olviden; cuando llores  
en triste soledad, sin un amigo  
que de tu pena ruda al ser testigo  
anhele disipar tus sinsabores,

Entonces ven á mí... Conserva el pecho  
puro el recuerdo de su afecto santo,  
y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, Lelia, ven; mi hogar estrecho  
contigo partiré, que no lo es tanto  
que en él no quepan tu dolor y el mío.

Cuánta honradez y bondad se transparen-  
tan en esta composición!

Exteriorizar así un sentimiento, valerse de  
una forma tan elocuente y hermosa para de-  
cir algo más hermoso y simpático aún, es  
ser poeta sin duda, pero un poeta muy  
elevado.

Pocos trabajos en verso conozco de Don  
Francisco Sosa. A los bardos como á los  
músicos se les juzga, no obstante, en audi-  
ciones muy cortas. Unas cuantas notas de  
*Aida* ó de *La Africana*, bastaban para formar  
concepto sobre la voz de Gayarre. El anterior  
soneto es suficiente también para acreditar  
lo que Sosa vale como poeta.

Cerraré este capítulo con otra personalidad  
de México muy ilustre en los dominios de la  
poesía contemporánea. Me refiero á Justo

Sierra, el cantor de Colón que ha dicho con  
tanta oportunidad y talento:

¡Oh! Colón, para hacer de tu renombre  
eco digno mis débiles cantares,  
yo necesitaría  
encontrar en el alma poesía  
un mundo nuevo como tú en los mares.

Y á fe que esta exclamación del principio  
era necesaria. ¿Cómo lanzarse en un empe-  
ño tal, sin recordar los millones de versos  
que lleva Colón encima, como expiación de  
su culpa por el descubrimiento de América?

¿Qué viejo presumido, qué muchacho ar-  
doroso no le ha compuesto siquiera media  
docena de endecasílabos?

Los cantores del Genovés sublime son hoy  
más numerosos que los peces del océano que  
recorrió este marino en las postrimerías del  
siglo [xv]. En las selvas americanas, princi-  
palmente, y con motivo del último centena-  
rio, se ha levantado una nube de poetas mos-  
quitos que pretenden, cada cual por su lado,  
entonar un himno á Colón. Por supuesto que  
estos alados cantores apenas si llegan en